

Ultraje, Ejercicio a dos voces

*Irene Maggi de Macedo**

No se me pudo olvidar de aquel día en que Augusto se presentó a la sesión exigiendo una respuesta inmediata a cómo le quedaba una remera, le tenía que asegurar que sí me parecía bien o mal. La empleada de la casa le decía que «bien» «pero uno nunca sabe si lo dice en serio». Era un problema de color, que él no podía resolver. No seguiría hablando hasta que yo le contestara. Estuve mostrando su dificultad en pensarlo solo, que podía ayudarlo en resolverlo, pero, si la que elegía era yo, esa sería una elección mía y no de él.

Se dio vuelta en el diván, quedando los pies donde se reposa la cabeza. (Augusto mide unos dos metros de altura, por lo cual sus pies llegaban casi a mi nariz. No olvidemos el consecuente mal olor de champions de adolescente descuidado, y que además no acostumbra usar medias).

Le interpreté que pensaba que lo que me transmitía con su cambio de posición confirmaba aquello de que estaba con los pies en la cabeza, y con el pie no se piensa. Se molestó. Cada vez se ponía más intransigente y demandante, hasta que apareció la amenaza: «Hasta que no me contestes sí o no, no me voy».

Me empecé a intranquilizar. Su actitud era decidida, nada parecía cuestionario. Mi capacidad de pensar era ahora la que estaba paralizada. Se me venía a la cabeza la paciente siguiente, que estaba por ese entonces cursando un embarazo adelantado. Buscaba en mi cabeza situaciones en que se me hubiera planteado la negativa del paciente a retirarse a su hora. En mi experiencia con niños esto es a veces común, pero los recursos son muy variados y uno se maneja a la manera de juego. Aquí la posibilidad lúdica se

* Soca 1247. Montevideo 11300

me volvía imposible por lo firme de la oposición, y la insistencia de Augusto, que aunque yo llamara a la policía, sus padres, alguien de mi casa, él no se iría.

Conservé mi calma; le aseguré que no se necesitaría recurrir a nadie. Teníamos experiencia, durante el transcurso de nuestro vínculo, que siempre habíamos intentado buscar sentido a sus actos sin recurrir a la familia. Los encuentros con ellos habían sido a pedido de ellos. Augusto miraba atento a su reloj, y cada tanto me decía: «quedan tantos minutos, y todavía no me contestaste».

Le respondía que él conocía las condiciones de trabajo y que yo estaba segura que se iba a resolver. En el último segundo miró hacia el sillón vecino y se percató que allí había dejado su cuaderno de apuntes. Yo noté que se desviaba su atención del reloj al cuaderno. Me comenta que teme que yo me tome una venganza; le destruya sus anotaciones para el examen. Llegó la hora. Me levanto y le digo que podemos seguir conversándolo en la sesión siguiente. Me encamino hacia la puerta, él se sienta en el diván, y me repite que teme mi venganza, pero no se va sin mi contestación. Al mismo tiempo que yo llego a la puerta, él ya está en pie, rápidamente agarra su cuaderno y me empieza a seguir. Le reitero que podemos seguir hablando de sus temores, la venganza mía en la próxima sesión, y colocándome detrás de él, voy encaminando, con mi brazo, suavemente, hacia la salida, a Augusto. Quedaba otra puerta, la del hall de la sala de espera. Allí se quedó enfrentándome, con una actitud muy hostil, sin abrir la puerta siguiente, y desafiando a no irse. En ese momento comencé a hablar lentamente, en tono seguro: intentaría ayudarlo a no caer en situaciones de repetición, de violencia, como las que vivía con sus padres, al mismo tiempo que abría la segunda puerta. Él se quedó pensando; otra vez su atención se desvió de la puerta, y sin violencia, suavemente, fui acompañándolo hacia la puerta. Cuando se dio cuenta me puso el pie, no podía dar por concluida la sesión. Por momentos yo sentía la impotencia, desorganizadora, de mi habilidad analítica, puesta en juego. Volvía a plantearseme la llegada del próximo paciente como rescatándome del «no saber», esos instantes donde el «continuum» de la corriente ideacional parece detenerse. Ahora, al repensarlo, recuerdo aquellos momentos de tremendo shock traumático, donde la articulación, frente al hecho, queda por instantes paralizada, sin un pensar que los contenga. ¡Qué situación

embarazosa! Intenté nuevamente hablar. Apoyó el pie y allí, en un gesto rápido cerré la puerta. Al segundo sentí el golpazo estruendoso de su salida del consultorio.

Comentarios. 1ª voz.

Seguramente el análisis con adolescentes hace de la tarea ese «aún más»... del que da cuenta la etimología de la palabra «ultraje». Se exige una respuesta a la vida, a lo desconocido, a lo que es ser, (un color de remera), imposible. El adulto, y siempre es desde el lugar de adulto, no surge la respuesta. ¿Cómo se hilvana ese entrecruzar de representaciones que nacen de ese encuentro singular? Los límites del encuadre son difíciles de mantener. Analistas, expertos en la magia de lo lúdico, no es fácil precisar el límite, o el encuadre, o el marco, entre el jugar, la acción y la palabra. Es en el pasaje adolescente de Augusto, donde la vivencia del ultraje se me hizo presente. ¿Por qué?

Tomo esta sesión como puntual en su proceso. Y también en el mío. Es característico del tratamiento con adolescentes la intensidad invasora que surge como vivencia preponderante del análisis. Nuestra «teórica» analítica se conmueve. (¿Es ultrajada?). El paciente nos empuja a «aún más».

Apurada en mi intimidad, mi celo analítico (para eso estoy), me interroga. Intransigente, en demanda de una respuesta. Y allí pierdo pie. Nosotros sabemos de límites, hora, tiempo, espacio. ¿Cómo aprehender ese otro tiempo, ese sin tiempo, infinito, e instantáneo, sin sentirse enojado y humillado, atropellado?

Es allí donde no encontramos respuesta y salimos a los empujones. Pienso sí esto no es lo que nos ha llevado tanto tiempo para estructurar el campo propio de la adolescencia, y sus particularidades, describiéndolo casi siempre como ese tiempo de nadie «esa tierra sin nombre, el agujero negro», como en algún momento lo hemos pensado. Dice Gules Lipovestsky que una moda señala el imperio de lo efímero.

Augusto tiene 18 años, consultó hace ya tres, con una sintomatología severa. El entorno familiar es característico de estos cuadros. Sin embargo su evolución en el análisis, junto al seguimiento psiquiátrico ha sido favorable. Actualmente cursa sus estudios sin ningún problema, pero la violencia, que despliega contra su familia, hace la convivencia muy difícil de tolerar. No acepta la idea de llevar una vida de independencia relativa de la casa.

Villiers de L'Isle Adam, en «Les demoiselles de Bienfilatre», al comienzo de su cuento, describiendo el «métier» de las protagonistas dice: (... le métier de ce couple austère consistant, principalement, á se suspendre, áchaque instant, avec des attitudes désespérés...) cita a Pascal: Pascal nous dit qu'au point de vue des faits, le bien et le Mal sont une question de «latitude». En effet, tel acte humain s'appelle crime, id. bonne action, lá-bas, et réciproquement».

Lentamente me fui recuperando. El problema con Augusto era de «latitud». Tiempo y espacio, territorios y hemisferios, variaciones climatéricas, podían pensarse como opuestos, y entonces sería una transgresión mutua; o, a través del ultraje, el «aún más» del acto, un acercarse a lo nuevo a descubrir. Pienso, si desde lugares diferentes podría llegar a la palabra, símbolo, posible de acceder a una vida independiente y adulta.

Comentarios. 2 voz.

Haciendo un esfuerzo por comprender la actitud de Augusto, varias líneas de pensamiento van surgiendo, en relación a lo que puede significar un acto en la adolescencia y una respuesta, que también se traduce en acto, de parte del analista.

Mientras miraba los championes de Augusto, el olor, y todas las sensaciones que esta escena iban despertando en mí, sentía la urgencia de ponerlas en palabras. Era una situación peculiar.

Augusto exigía una respuesta; ésta apuntaba directamente a su identidad, a su ser, el no recibirla lo llevaba a una situación de la cual no podía dar cuenta con palabras, sino con actos. Este acto llegaba a mí como un «ultraje». Para M. Khan este término Incluye los actos verbales y también físicos de violencia.

Augusto exigía respuestas concretas; desde su lugar adolescente se sintió ultrajado por aquella no respuesta, que se convierte en una demanda tan vital, que lo llevará a transgredir todo encuadre.

Nosotros, analistas, desde nuestro lugar «adulto» (del saber) sabemos de límites, encuadres témporo-espaciales que, a la hora de encontrarnos con el adolescente nos replantea nuestro lugar, nuestro tiempo. ¿Es acaso una transgresión? o ¿aún más?

Parecería que la demanda adolescente tuviera un carácter ilimitado, donde tiempo y espacio entran dentro de un parámetro infinito.

Dentro de esta vivencia ilimitada, el analista parecería tener un carácter peculiar, paradójal, ultrajar al paciente llevaría a ultrajar en un acto al analista. Sin embargo, este ultraje parecería marcar un límite insoportablemente difícil de tolerar en determinadas situaciones. Límite que marca el final de una sesión, que marca un tiempo y un espacio diferentes al sin tiempo que parece implicar un «estar» eterno, en una tierra sin nombre. Al dar palabras —en este caso de finalización de la sesión— se genera la diferenciación de un espacio y tiempo nuevos, convirtiendo al analista a los ojos del adolescente, en un otro capaz de marcar los límites. Parecería que aquel interjuego de ultrajes pudiera pasar a convertirse en un elemento limitante que marca para el adolescente otra presencia distinta de sí mismo.

En este particular caso, el cuerpo del paciente actúa, el analista a su vez hace participar su cuerpo dando a toda esta acción el carácter de presencia de dos cuerpos distintos, ambos demandan bordeando sin palabras, con actos esa línea tan sutil de lo limitado-ilimitado que la mayoría de las veces nos lleva a considerar el análisis con adolescentes como una situación en la cual nuestra formación como analistas de niños o adultos parece no dar suficiente cuenta, proponiéndonos entonces una creación que a su vez nos re-crea en cada tratamiento.

Conclusiones (¿más voces?)

La Revista número 56 de la APU se dedica al tema de Transgresiones: «(Término que debemos a una feliz inspiración de G. Koolhaas) que apunta a la hipótesis de tres estructuras (actuación, psicopatía y perversión) tiene en común: violación, «pasar a través» del otro, de la norma social, del cuerpo, proyectándose sobre el fondo de una transgresión fundante, el incesto».

¿No existiría aquí un deslizamiento de concepciones al pasar de transgresión a ultraje? ¿Cómo se podría realizar una posible articulación?

SI bien el escenario edípico ¡tan caro al adolescente! con la consecuente ausencia «castración», sería un nivel de teorización posible, pienso aquí en otro escenario más primitivo, tal como lo teoriza H. Garbarino desde el postulado del Ser.

Si yo bien escucho a Augusto él no sabe del deseo, del ser, de cómo es él, y me pide que le responda. Pero tampoco entiende de sus pulsiones amorosas y

sobre todo agresivas. Y yo soy responsable del quiebre etológico, que le va a permitir un renacer, un salto en la organización humana.

Existiría en la adolescencia un proceso de desorganización estructural, entendiendo la desorganización de instancias, que tendría como consecuencia un desligamiento pulsional. La fuerza cohesiva del Yo, no siempre se opone exitosamente a la acción del Ello. Dice Garbarino: «La pulsión de muerte desorganizó la conformación espacio-temporal y el narcisismo yoico propio del yo instancia y el yo regresó a su condición primitiva de yo ser, quedando bajo la amenaza del no ser».

«La acción silenciosa de la pulsión de muerte».

Hablar de amor, esa nostalgia, es de la infancia, del infantil sujeto, para el adolescente es acto, ni juego ni palabra, quizás un vacío a llenar ¿Pero por quién?

Muchas veces caemos en la trampa de creer que esto se encuentra en el discurso familiar, que allí esta la clave, que con múltiples entrevistas vamos a revelarle al adolescente su incógnita. No dejo de pensar que en todas las oportunidades es de ayuda. Pero no equivocarse, sí no se produce el alumbramiento propio no tendremos un ser adulto. Aquí se trata del Ser.

Muchas veces puede ser vivenciado por el joven como múltiples ultrajes, que a la manera de acumulación, pueden convertirse en quiebres, rupturas imposibles de oponerles una defensa adecuada. Es así que se nos despliega la variada gama de patologías adolescentes.

Pero lo que quiero destacar, al tratar de ejercicio a dos voces, es del imprescindible lugar del adulto, con sus leyes, siempre ultrajantes para él (adolescente y adulto), pero que en un buen encuentro siempre es posible de reestructurar el aparato psíquico, hacía una nueva «verdad» creativa. Si en ese desencuentro ¿antes dije encuentro? lo que prevalece es la transgresión, entonces sí, se produce un verdadero «breakdown».

¿Es posible considerar, durante el proceso adolescente, al ultraje, como al servicio tanto del adulto como del adolescente, de la acción positiva de la pulsión de muerte?

Creo que el «aún más» de la demanda puesta en acción del joven si se enfrenta a un límite, borde, espacio y tiempo, puede reestructurarse creativamente, conservándose para la especie como aquél de quien se espera la sobrevivencia. Para ello tiene que rescatarse de su caída en las profundidades

del ser y conectarse nuevamente con el mundo social.

Propongo un ejercicio a dos (?) voces.

Montevideo, marzo de 1992.

Bibliografía

LIPOVETSKY, Gilles. *El imperio de lo efímero*. Ed. Anagrama.

VILLIERS DE L'ISLE-ADAM. *Contes Cruels*. Librairie José Corti.

KHAN, M. Masud. *Cuando llegue la primavera*. Ed. Revista Uruguaya de Psicoanálisis, N° 56.

GARBARINO, Héctor. *El Ser en Psicoanálisis*. Ed. Eppal.

GARBARINO, Héctor. Trabajo inédito. *Lo ominoso*.